



ME ESTÁS MATANDO, MI VIDA

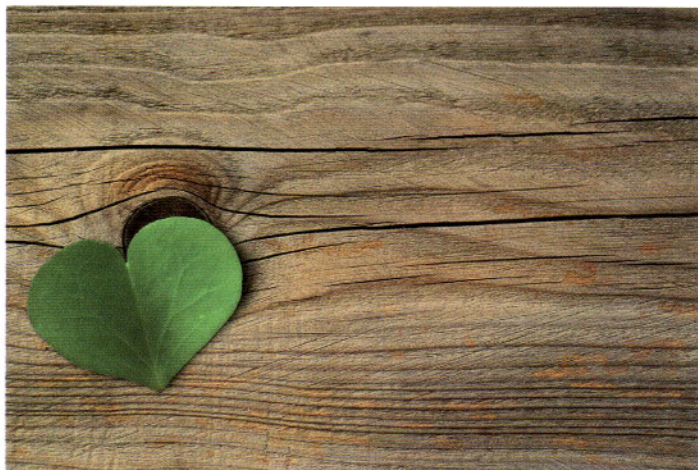
Recientemente me he tropezado en la catequesis de novios y jóvenes parejas en la que colaboro, con varias personas que se sorprenden de que el Catecismo de la Iglesia Católica siga empleando la expresión pecado mortal. En la edición española aparece más de veinte veces. Pero a muchos les parece exagerado. Y, por supuesto, que ni quieren oír hablar del infierno.

YA NO TENGO VIDA

Cada mañana utilizo el tren para ir a trabajar. Un día, muy temprano, bajé en la estación más cercana a la oficina y me sorprendió ver a un chico joven tumbado en el suelo sobre el césped de uno de los parterres de la avenida. Lo veía de lejos. Al principio pensé que podía tratarse de una persona desmayada o herida. Apreté el paso –estaba como a unos cincuenta metros– pero desistí enseguida al ver que la gente pasaba de largo sonriendo. Algo no cuadraba. En mi ciudad aún es mayoría la gente que se detiene a socorrer a alguien necesitado.

Además, la postura y el lugar de la presunta caída resultaban extraños. Uno no suele elegir para caerse el sitio en el que innumerables perros que pasean por esa calle tan concurrida depositan sus *tarjetas de visita*. Inmediatamente, y como por ensalmo, apareció al lado del joven caído

una chica de su misma edad, vestida como para una coreografía del musical *Cats* –mayas, calentadores de las pantorrillas y una larga bufanda– que, muy enfadada, se acercó al postrado, le dio un cachete y se alejó gritando horrosas palabrotas que se podrían traducir en lenguaje biensonante en algo así como: *¡Yo no pienso seguir siendo tu esclava sexual!* Iba y venía (yo estaba ya a su altura) cuando de repente el muchacho se alzó, echó a correr, saltó la valla que separa la calzada de la acera y se tendió en medio de la avenida, que en ese tramo tiene seis carriles en cada sentido. El semáforo acababa de



abrirse y decenas de coches arrancaban. Tumbado bocarriba, el chico gritaba: ¡Me has quitado la vida! ¡Ya no tengo vida!

Por su parte, la muchacha, horrorizada, le conminaba: ¡Sal de ahí, Roberto! ¡Quítate de ahí! ¡Ya no tengo vida!, repetía el tal Roberto como si fuera una especie de mantra. Los coches se acercaban. Ella: ¡Levántate, Roberto! Él: ¡Ya no tengo vida! Los coches: ¡Mooc, mooc! Ella: ¡Pues yo no pienso seguir siendo tu esclava sexual! ¡Ya no tengo vida...!

Atendí a la historia hasta este punto, pues al llegar aquí ya les había rebasado. Los rostros de los transeúntes reflejaban sonrisas y un cierto asombro ante el pequeño culebrón –o *culebrín*– al que estábamos asistiendo. Roberto no acabó atropellado y yo llegué al trabajo considerando lo poco serios que podemos llegar a ser llamando vida a lo que es muchas veces un malvivir sin rumbo ni objetivos.

¡QUÉ VIDA ESTA!

Una canción de Sabina juega al límite con sinónimos y antónimos derivados del verbo matar. La descripción no empieza de un modo muy fino, pues la letra de la canción proclama sin ambages: *Yo no quiero un amor civilizado...* Una vez en marcha, el estribillo sentencia: *Y morirme contigo si te matas / y matarme contigo si te mueres / porque el amor, cuando no muere mata / porque amores que matan, nunca mueren.*



Aparte de que hasta las paradojas exigen una cierta coherencia, es sintomático que asociemos tan estrechamente el amor y la muerte en el lenguaje ordinario. Parece que es un territorio propio de poetas o del mismísimo Espíritu Santo, como cuando afirma en el Cantar de los Cantares que el amor es más fuerte que la muerte.

¿Qué significa que llamemos mi vida a alguien a quien queremos mucho? Se supone que asumimos que sin ese cariño nuestra vida ya no sería grata o digna de ser vivida. O que valoramos a esa persona más incluso que a nuestra vida. Es muy viejo el chiste de un matrimonio que es asaltado por un ladrón que les espeta encañonándoles con su arma: *¡La bolsa o la vida!* El marido, entre bondadoso y tacaño, le dice a su mujer, con ademán resignado: *Lo siento, mi vida, pero me parece que vas a tener que irte con este señor.*

NUESTRA VIDA NO TERMINA

Total, que hablamos de vida y de muerte con amplia desenvoltura sin atrevernos a profundizar en esta rea-

lidad. Los cristianos sabemos que hemos sido creados para la vida. No solo para vivir la existencia terrena sino para pervivir durante toda la eternidad. La grandeza de esta sabiduría es que no se trata de dos vidas superpuestas o acopladas, sino que es la misma vida que continúa transformada para siempre.

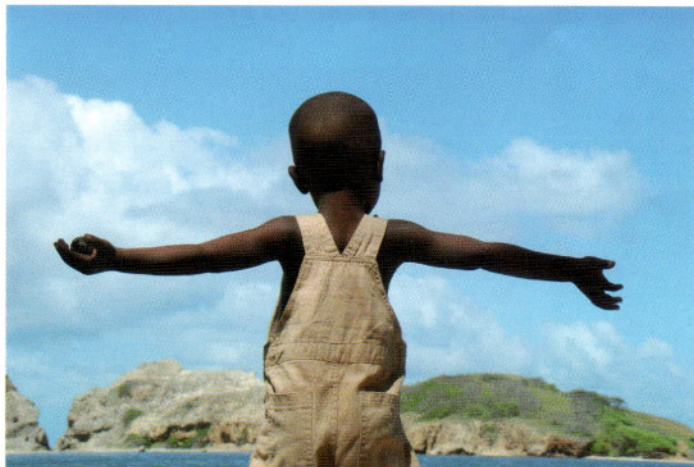
Aquí es donde algunos dejan de pensar (o de leer), porque les parece que el discurso cristiano no les interesa. Me consta que está aquí uno de los puntos clave hacia los que apunta precisamente esa cotidianidad de la expresión *mi vida*. El nexo de unión entre la vida y la Vida Eterna es nada menos que la gracia, o la vida de la gracia, si se prefiere. Estar en gracia es estar vivo o por decirlo con un símil informático, es estar *on line*, conectado o visible.

Un día, al entrar en la capilla del colegio donde entonces trabajaba, me encontré con que los niños que ocupaban el oratorio hacían cola para confesarse. Eran chicos que se preparaban para hacer la Primera Comunión ese año, y entre su juventud y sus deseos de recibir bien y pronto el Sacramento, se empujaban nerviosos, en el límite de la disciplina. Uno le reprochaba a otro que se hubiera colado en la fila. El aludido se defendía argumentando: *Es que yo tengo un pecado mortalísimo*. No se puede dejar de sonreír ante este gracioso comentario, dejando a un lado que no hay pecados mortalísimos y menos aún en un alma con la racionalidad recién reconocida. Pero era una verdad honda y desconocida.

No pocos teólogos morales evitan hoy día en sus libros e incluso en sus explicaciones la expresión pecado mortal. Además de obsoleta les puede parecer inadecuada para significar la gravedad de una conducta pecaminosa. Sin embargo, esa expresión señala una verdad muy elocuente: Una transgresión grave de la Ley de Dios mata la vida de la gracia en el interior de la persona. No solo lo aleja o le hace merecedor de una sanción moral, sino que realmente quita la vida y le impide ser merecedor de la Vida Eterna. Es un giro popular o catequético muy expresivo.

VIVIR Y MORIR

Lo que venía a decir el desesperado y teatrero muchacho que gritaba *ya no tengo vida*, era que le habían despojado de la razón que le permitía seguir existiendo. A veces las canciones románticas parcelan los distintos trozos de la existencia para mostrar esta realidad. Así, es frecuente que se haga referencia a los elementos vitales de los que uno puede prescindir para contraponerlos al amor sin el cual nada merece la pena, ni siquiera la vida.



Valga de ejemplo la tonadilla de Maná, *Vivir sin aire*. La letra, tras describir la vida de un pez sin agua o el vuelo de un pájaro sin aire, asevera al final del estribillo: *Me estoy ahogando sin tu amor*. Así se siente un alma sin la vida de la gracia, sin sustancia ni razón para vivir.

Cuando antiguamente se permitía fumar en público, los enganchados a ese vicio se veían obligados a leer en las cajetillas mensajes intimidatorios del siguiente tenor: *Fumar mata*. Quizá pudiera ponerse en muchas otras cajas que contienen vicios o facilidad para expulsar la gracia del alma una expresión del estilo: *Pecar mata*. Esto vale tanto para la llamada *caja tonta* (televisión), como para los paquetes de preservativos.

Pecar mata la gracia, la vida en el hombre. Mata la imagen y semejanza de Dios en nuestro interior. San Pablo lo manifiesta en positivo con la atrevida sentencia: *No soy yo el que vivo, es Cristo que vive en mí*. Santa Teresa multiplica la paradoja advirtiéndolo de un modo más desgarrado: *Vivo sin vivir en mí / y tan alta vida espero / que muero porque no muero*. Y, por fin, puestos a ser rotundos, valga la perplejidad de Hamlet al contemplar la calavera de Yorick: *Ser o no ser, esa es la cuestión*.

LA MUERTE Y LA VIDA

Nuestra cultura actual que es capaz de popularizar por medio de la televisión expresiones del tipo *divino de la muerte*, hace mal en banalizar la perenne enseñanza del Concilio Vaticano que resume el catecismo: *Sin Dios, la criatura se desvanece*. Por esa razón, Jesús usa la misma expresión para referirse al ahora (*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*) y al futuro (*Yo he venido para que tengan vida*).

Es más, vivir en Cristo es la vida moral ordinaria, que más que en *hacer* está en *ser* o, si se apura la metáfora eucarística, en *comer*: *El que me come* –dice Jesús– *tiene* (ya, ahora) *la Vida Eterna*. De ahí que perder o malograr voluntariamente la vida de la gracia sea, sin paliativos, un error mortal, del que gracias a Dios podemos *resucitar* con tan solo acercarnos a hacer una buena confesión contrita. Al salir ilesos de un trance peligroso, solemos decir *pa' habernos matao*. Pues la confesión nos arregla el alma, incluso cuando nos la hemos matado. Es un remedio limpio, seguro y reiterable. ¡Menudo chollo!

Javier Láinez

SUSCRIPCIONES E INFORMACIÓN: ASOCIACIÓN ARVO • PZA. SAN CRISTÓBAL, 20 - 1º B • 37001 SALAMANCA
TELÉFONOS: 923 26 13 03 - 923 26 66 92 • FAX: 923 21 65 11 • E-MAIL: arvo@casablan.org • www.casablan.org



SÍ, QUIERO.
Claves para un matrimonio feliz.

Coproducción: Goya Producciones
Editorial Casals

Contenido: Estuche con 2 DVD's
12 capítulos de 12' cada uno
Libro de 168 págs.

**CASABLANCA
COMUNICACIÓN**
www.casablan.org
PEDIDOS:
Tlf.: 923 26 66 92
923 26 13 03
e-mail: pedidos@casablan.org